

te, y muerte de cruz y muerte ignominiosa. Y ved aquí, cristianos, explicado de paso por qué María nos ama á pesar de que fuimos la causa de sus dolores, y de la muerte del Salvador, y á pesar de que lo crucificamos de nuevo, segun el profundo pensamiento de San Pablo, con nuestros nuevos delitos y nuestras enormes iniquidades.

¿Veis ya, mis amados hijos, cuáles son nuestros títulos al amor de María? Pertenece á Jesucristo, somos sus hermanos, estamos unidos á El desde que tomó la forma de siervo, se revistió de nuestra humanidad y nos redimió con su sangre, y si la justicia habita en nosotros, de tal modo nos identificamos con El, que El permanece en nosotros, y nosotros en El. Y bien ¿podrá la Madre amar al Hijo de sus entrañas sin amar á sus hermanos redimidos con su sangre? ¿Amará á Dios, sin amar á la humanidad que le está unida? ¿Estimará el precio, sin estimar la redencion? ¿Aborrecerá, en fin, lo que Dios ama?

¡Oh María! aun cuando tuviera el espíritu de un ángel, jamás llegaría á comprender y ménos á explicar la union de Vos con el Eterno Padre, de Vos con vuestro Santísimo Hijo, del Criador con la criatura, de la Divinidad con la humanidad; pero seguro de que la Madre de Dios ha de querer lo que quiere el Hijo, y de que Dios nos ama con un amor infinito, me contento con exclamar: ¡Oh prodigio de amor! ¡oh abismo de caridad! ¡oh alianza santa entre la Virgen y Dios! ¡oh generacion eterna, que asociando á María con el Padre, á la Divinidad con la humanidad, al Salvador con los hombres, nos ha dado por Madre á la Madre de Dios, que está revestida de poder y de bondad para protegernos y ser siempre la medianera entre nosotros y Dios! Repitamos, pues, con San Bernardo, que no falta á María, ni poder, ni voluntad para salvarnos. *Nec voluntas illi deest, nec potestas.*

Y bien, ¿lo hace en la realidad? Amados hijos, ¿quién ha ocurrido con toda confianza á María que no haya sen-

tido el influjo de su proteccion? ¿Quién le ha dirigido con fé y humildad sus oraciones, que no haya sido escuchado? ¿Quién ha alcanzado de Dios alguna gracia que no le haya venido por las manos de su santísima Madre? ¡Ah! María es el comun propiciatorio del mundo, segun San Epifanio, y en la valiente y atrevida expresion del meliflúo San Bernardo, nada hay grande, nada sublime, nada heróico que no deba su origen á esta fuente inagotable, ó que no haya pasado por este inmenso canal. Los triunfos más brillantes, las victorias más célebres, las conquistas más famosas, las empresas más atrevidas que se han acometido en todos los siglos, no han logrado un éxito feliz sin el auxilio de María. El Africa conquistada, los Persas subyugados, los Godos vencidos, los del Alcoran y la Media Luna sepultados en las aguas de Lepanto dan testimonio de lo que ha hecho María: los reinos y naciones, las provincias y ciudades más célebres, las grandes capitales del mundo cristiano y los últimos pueblos de la heredad de Jesucristo; el universo todo que tributa á María bajo mil y mil advocaciones un culto universal, es la mayor prueba, la más decisiva de todo lo que ha hecho y hace en favor de los hombres. Bondadosa depositaria de los tesoros del cielo, solo se ocupa en presentar las súplicas de sus hijos ante el trono de Dios, en hacer que descendan los rayos de la luz sobre los entendimientos extraviados, los rocíos de la gracia sobre los corazones endurecidos, el consuelo sobre los desgraciados, la salud sobre los enfermos y la vida sobre los muertos. ¿Quién será capaz de contar los navegantes que ha salvado del naufragio; las familias, del hambre; los pueblos, de la peste; las provincias, de la guerra; las naciones enteras de aquellas calamidades que parecían inevitables?

Pero ¿quereis cristianos, una prueba singular y muy propia de la presente solemnidad? Trasladaos con la imaginacion al principio del siglo décimo sexto, dirigid vuestros ojos por toda la vasta extension de nuestro in-

menso territorio, y fijad vuestras miradas en sus antiguos habitantes sepultados en la barbarie y sentados, para valerme de la enérgica expresion del Profeta, en las tinieblas y sombras de la muerte. Miradlos bajo el ominoso yugo de la más repugnante idolatría, sacrificando víctimas humanas, con que lejos de aplacar la cólera del cielo, la irritaban indefinidamente. Repasad la historia de aquel siglo y observaréis que diez años despues de la conquista, casi habían sido del todo estériles los trabajos de los primeros misioneros, enviados á este continente por la católica España.

Y á la verdad, cristianos, ¡qué esfuerzos no hicieron aquellos nuevos apóstoles para convertir á la religion del crucificado, los pueblos del Anáhuac! Todo fué inútil; y si el espíritu de abnegacion hasta en los consuelos que instintivamente buscan el celo y la caridad, no los hubiera sostenido, habrían caído de ánimo bajo el peso de tantas dificultades y rendido su vigoroso brazo á la obstinada repulsa de aquellos pueblos por el espacio de dos lustros, renunciando á la esperanza de ver triunfante de la idolatría y de la barbarie, la enseña de Jesucristo, en estas vastísimas regiones. A juicio de un escritor guadalupano, los primeros heraldos del Evangelio estaban ya á punto de declarar imposible la empresa; pero, esperad, ministros del Señor, no pronuncieis vuestro fallo; respetad los designios de Dios que ha reservado en sus eternos consejos esa gloria. ¿Para quién? Cristianos, una transformacion repentina y universal viene á revelarnos un nuevo prodigio.

Aparece la milagrosa imagen de Guadalupe, y todo cambia; el mónstruo de la idolatría huye precipitadamente, y el Evangelio se propaga con increíble rapidez. Notadlo bien, oyentes míos, y luego comprenderéis la profunda sabiduría con que el gran Pontífice Benedicto XIV, aplicó, por tan singular prodigio, á la nacion mexicana aquellas palabras del Salmista, dirigidas al pueblo de Israel: *Non fecit taliter omni nationi*. “Dios no ha dispensa-

do igual beneficio á otra ninguna nacion” Sí, hijos muy amados, mientras en el antiguo mundo fué necesaria para su conversion al catolicismo una série casi no interrumpida de estupendos milagros, en el nuevo bastó uno solo: la portentosa aparicion de la Virgen Santísima bajo la imagen de Guadalupe, pintada admirablemente, sin duda por una mano excelsa, en el tosco ayate, en el grosero lienzo, ó mejor dicho, en la privilegiada tilma de Juan Diego. Y oidlo otra vez, mis caros hijos, escuchadlo con atencion y referidlo á vuestros hijos para que pase de generacion en generacion, y se conserve por siempre en la memoria de los hombres. Para la conversion de las demás naciones á la fé católica, plugo al Omnipotente hacer á sus ministros árbitros y depositarios de su poder, y que á fuerza de milagros las obligaran á seguir la nueva doctrina. Por esto ellos curaban de improviso toda clase de enfermedades, daban vida á los muertos, lanzaban los demonios que muchas veces huían á su presencia y aun ántes de escuchar su voz; al imperio de esta obediencia los rios, abrían sus aguas y dejaban libre paso á los nuevos propagadores del Evangelio; á su mandanto, cambiaban de lugar los elevados montes, los vientos desatados y las olas del mar embravecidas deponían su furor y venían á lamer mansamente las plantas de los varones apostólicos. Entonces se cumplieron á la letra aquellas palabras de Isaías: *Quam speciosipedes evangelizantium pacis, evangelizantium bonum*. “¡Cuán hermosos son los piés de éstos que caminan evangelizando la paz, evangelizando el bien!” Entonces, dice el gran Papa San Gregorio, eran estos prodigios, medios necesarios para plantear en el mundo la religion, y el alimento vigoroso con que había de nutrirse la fé de los primeros creyentes.

No así en esta nacion privilegiada: recorred los lugares en que se publicó el evangelio; seguid, si podeis, el rápido curso de sus conquistas; la velocidad con que se propaga solo es comparable á la del fuego eléctrico; ved la docilidad con que se sujetan al yugo de la nueva ley

los pueblos todos de diversas lenguas, diseminados aquí y allá en un inmenso territorio y divididos entre sí por guerras interminables los mexicanos y los toltecas, los tarascos y otomíes, los huastecos y los totonacos, los matlazincas y tantos otros cuyos nombres se resisten á la pronunciacion más expedita.

Pasad, al menos con la imaginacion, desde las fértiles campiñas de Chiapas y Oaxaca, hasta los estériles y abrasadores arenales de la California; y desde las riberas del Atlántico hasta las ardientes costas del Pacífico; y preguntad con uno de nuestros célebres oradores: ¿quién ha convertido al mexicano civilizado, al otomí grosero, al serrano montaraz, al huasteco silvestre, al tarasco industrial, al fiero nayarita, al californio inculto, al carnívoro apache y al comanche feroz? ¿quién ilustró sus entendimientos sometiéndolos al imperio de la fé? ¿quién movió sus corazones encendiéndolos en el fuego de la caridad? ¿quién infundió en sus almas la creencia de las verdades reveladas, el temor de los castigos, sin fin, y la esperanza de los premios eternos? Interrogad de nuevo á vuestros mayores: ¿cuáles fueron los apóstoles ó misioneros que lograron convertir en masa pueblos enteros á la religion del Crucificado; de qué medios se valieron, de qué prodigios? ¿Sanaron repentinamente los enfermos? Volvieron los muertos á la vida? ¿Lanzaron los demonios? ¿Arrojaron al mar los montes con las fuerzas de sus palabras, ó de su fé? Por último, ¿qué mártires regaron aquí con su sangre el árbol de la Cruz?

Todos á una voz responderán, que más parte tuvo en su conversion el influjo de la Santísima Virgen, su bella imágen pintada milagrosamente en el tosco ayate por mano celestial, reproducida despues, de una manera muy imperfecta por el pincel de los hombres, y multiplicada sin número en estas vastísimas regiones. Tal fué, mis caros hijos, el prodigio de que quería hablaros y sirve de apoyo indestructible á la verdad que os predico. María de Guadalupe ha sido la Madre del pueblo mexicano, el

apóstol que lo ha convertido á la religion divina, y ahora añadido la que constantemente lo mantiene en la unidad católica.

No olvidéis, cristianos, esta prueba siempre antigua y siempre nueva de la bondad, de la ternura, del amor de María hácia nosotros. Argumento incontestable de su continua proteccion, yo lo recuerdo con entusiasmo, y mi alma se llena de gozo al exponerlo. Quien pretenda borrarlo de mi memoria es cruel conmigo, porque intenta arrancar el primer consuelo de mi corazon; y es ingrato con María, porque desconoce uno de sus constantes beneficios.

Más de tres siglos han corrido desde que el Evangelio empezó á difundirse y propagarse en este continente. Ahora bien, en tan dilatado espacio de tiempo ¿qué herejía se ha levantado entre nosotros? ¿Qué cisma ha dividido nuestras Iglesias? ¿Qué error nos ha dominado? ¡Ah! Léjos, muy léjos de nosotros esas calamidades, somos testigos de la unidad de nuestras creencias en la mayoría. Los pueblos de México profesan la misma fé, una sola doctrina, tienen un solo bautismo; y los depositarios de la fé y de los sacramentos aun separados por largas distancias, siempre han enseñado y defendido unos mismos dogmas y unos mismos principios religiosos, aun en medio de diferentes opiniones sobre otras materias. Es cierto que lloramos algunos males, que se han publicado algunas impiedades, que han empezado á propagarse los errores de las sectas disidentes; pero tambien lo es que la masa del pueblo opone por sí solo y sin que nadie lo mueva una resistencia invencible, y que aun los hombres más corrompidos dan señales de su fé en las adversidades de la vida y especialmente cuando están para tocar los bordes del sepulcro. ¡Cuán raros han sido y son aun entre nosotros, los que obstinados en sus extravíos han rehusado á sabiendas la recepcion de los sacramentos, y muerto fuera del seno de la Iglesia sin los últimos socorros de la religion! Depositario de innumerables secretos puedo asegurar, apo-

yado en la evidencia de los hechos, que dóciles la mayor parte de los mexicanos á la voz de su conciencia y de sus pastores, parecen formados sus entendimientos para la verdad, y sus corazones para la virtud. Quien haya conocido y estudiado profundamente este país, reconocerá fácilmente la dulzura de carácter de sus hijos, y la amabilidad de su índole, que suele ocultarse tras el polvo que han levantado las convulsiones políticas. Con razon un escritor elocuente ha hallado en lo que acabo de decir, un título para la singular predilección de María hácia nosotros en su advocación de Guadalupe, sosteniendo que “ella nos ha evangelizado con la ternura de su alma, tratándonos con tal delicadeza, que no ha querido exponernos á esas pruebas terribles que costaron tanta sangre para la conversión del Viejo Mundo, y tantos estragos y ruinas al establecimiento de las antiguas sociedades.”

Hemos visto hasta aquí lo que ha sido y es María para con nosotros; veamos ya lo que debemos ser nosotros para con María.

## PUNTO SEGUNDO

### DEBERES QUE TENEMOS PARA CON MARÍA

No me ha sido posible referir todos los títulos que María tiene á nuestros homenajes. Tampoco me será dado enumerar los deberes que nos ligan á tan excelsa Madre. Pero empeñado en tratar de este segundo punto, me limitaré solo á tres deberes principales, correspondientes á la grandeza, á la bondad, á la ternura de María para con

nosotros. Si, le somos deudores de nuestro respeto y sumisión, porque es grande; de nuestra gratitud y reconocimiento, porque es nuestra bienhechora; de nuestro amor, en fin, porque es nuestra Madre.

¿Y cuál de estos motivos puede disputar la preferencia al que nace de su dignidad, de su grandeza? Ninguno ciertamente. Bien sé, mis caros hijos, que sólo Dios es grande y que á El sólo es debido todo honor y toda gloria: *Soli Deo honor et gloria*; mas nadie ignora que Dios ha querido engrandecer á sus criaturas y glorificarlas por participación. Las ha hecho á su imagen y semejanza y quiere que se les tributen los homenajes de respeto, á proporcion que las ha enaltecido; y los de gratitud y reconocimiento á proporcion que han empleado su grandeza y su poder en bien de sus semejantes y para remedio de todos sus males.

Tal es la regla de nuestros cultos: tal es el fundamento en que se apoya el precepto de dar á cada uno lo que es suyo, el honor que le es debido: *Cui honorem, honorem*: la obligación muy sagrada de respetar á los que mandan. *Regi quasi praeelenti*: la muy estrecha y absoluta de obedecer á los depositarios de la autoridad, como ministros de Dios: *Dei enim minister est*: la necesidad de honrar á los santos por ser los amigos de Dios: *Nimis honorificati sunt amici Dei*; y también á los ángeles como ejecutores de las órdenes supremas: *mit tam angelum meum.....observa eum*.

Y si tales son los títulos que tienen á nuestro amor, gratitud y respeto unas simples criaturas, por el hecho de ser los representantes, los amigos, los enviados de Dios: ¿cuáles serán los de aquella criatura predilecta que por un favor singular y único ha sido destinada *ab aeterno* para ser verdadera Madre del Dios Salvador, alimentarlo en la niñez, dirigirlo en sus primeros pasos y tenerlo sometido á su autoridad durante el curso de su vida privada? *Et erat subditus illis*. ¡Misterio incomprensible! ¡Prodigio superior á todos los prodigios! ¡Maravilla que excede á

nuestra débil inteligencia, y es capaz de confundir todos los pensamientos humanos!

Si la grandeza de María, que la aproxima á Dios, es un título de justicia que nos obliga á tributarle los homenajes de nuestra sumision, su bondad, que la aproxima á nosotros, es un motivo de la más tierna gratitud. Es nuestra bienhechora. ¿Quién podrá dudarle? ¡Oh vosotros los que teneis fé y quereis entenderme, venid á confesar aquí, que solo por nuestro Señor Jesucristo gozamos de la vida, de la esperanza y de la salud que nos había quitado el crimen de un padre culpado! Pero ¿á quién debemos este Redentor? ¡Ah! despues de Dios sólo á María. Con él nos ha dado todas las cosas: *cum illo omnia nobis donavit*; concibiéndolo en su seno, y dándolo á luz en el mundo ha atraído sobre nosotros la gracia y la misericordia, derramando á torrentes las bendiciones del cielo.

Si, oyentes míos, todo nos viene de María, puesto que todo nos viene de Jesús: El ha expiado nuestros delitos con su sacratísima sangre, que es el gaje de nuestra inmortalidad, y la prenda de la eterna y de la nueva alianza. ¿Pero de dónde se tomó esa sangre preciosa, esa carne adorable del Salvador inmolada en el Calvario y sacrificada en la Eucaristia? De María, y sólo de María. A Ella debemos, pues, la union inefable de la divinidad con la humanidad, en cuya virtud Dios ha descendido hasta el hombre y el hombre se ha elevado hasta Dios: la reconciliacion del cielo con la tierra, el misterio, en fin, de la Redencion, se debe en cierto modo á María. Desde el momento en que pronunció aquel *Fiat secundum verbum tuum*, los hombres tuvieron un libertador, los sacerdotes una víctima, el pecado, la muerte y el infierno un vencedor, los justos una esperanza, los cielos un conquistador, los ángeles una alegría y el Eterno Padre una hostia pura, una hostia santa, una hostia inmaculada.

¿Quién puede presentar un título semejante á nuestra gratitud? Bien está que los profetas hayan anunciado al Mesías; que los patriarcas lo hayan deseado; suspirado

por él los justos de la antigua ley; que los ángeles hayan anunciado su nacimiento en el pesebre de Belem á los pastores, con cánticos de gloria; que el Precursor lo haya manifestado al mundo en las riberas del Jordan; que los apóstoles y evangelistas lo hayan hecho conocer á todos los pueblos; y que una série no interrumpida de Pontífices, de presbíteros y ministros en todos los siglos, hayan predicado su palabra, dispensado sus sacramentos y revelado sus misterios. Bien está; pero María y sólo María, despues de haberlo concebido en la plenitud de los tiempos y dándolo á luz, fué la única digna de ofrecerlo en el Calvario, clavado en una cruz, y de presentarlo al Eterno Padre, por todos nosotros como la única hostia de propiciacion. Por esto sólo á María pueden aplicarse estas palabras: “No perdonó ni aun á su propio Hijo, y lo entregó por todos nosotros.” *Pro nobis omnibus tradidit illum; pro suo non pepercit.*

Esto ha hecho decir á San Ireneo, que Eva perdió al género humano, y María lo ha salvado; á San Agustín que una mujer nos causó la muerte, y otra nos volvió la vida: á Tertuliano, que el mismo sexo que nos precipitó en un abismo, nos sacó de él. Predicho estaba: Dios lo anunció desde el principio del mundo, cuando dijo á la serpiente: “Una mujer quebrantará tu cabeza.” *Ipsa conteret caput tuum.* En esa prediccion del poder, de la grandeza de María se contienen todos los beneficios. La religion, el conocimiento del verdadero Dios, de sus adorables atributos, la unidad de la esencia y la trinidad de las personas, el conjunto de sus dogmas, las reglas de la moral y las máximas de las costumbres, los sacramentos que nos regeneran, nos purifican y nos sostienen en la gracia, el establecimiento de la Iglesia, el culto y sus solemnidades, la conversion del mundo tanto antiguo como nuevo, todo, todo lo debemos á su poder y á su bondad, y en la expresion de San Cirilo, hasta el título de hijos de adopcion, último que nos obliga á consagrar á tan excelsa Madre las más tiernas efusiones de nuestro amor.